

En medio de dos grandes: Juan Pablo II y Miguel Ángel

Bruce Wren

1. Historia del «Juicio Final»

La reapertura de la Capilla Sixtina tuvo lugar el 8 de abril de 1994. La primera impresión que me llevé del «Juicio Final» fue sorprenderme de que no me hubiera impresionado mucho. Para alguien como yo, que ya había visto el gran fresco nueve años antes, cuando aún no se habían empezado los trabajos de restauración, el «Juicio» parecía bastante similar: el gran Cristo, la Virgen premurosa, los cuerpos tumultuosos de los salvados y los condenados. Ciertamente había un nuevo y brillante fondo azul que, saliendo desde atrás, iluminaba las figuras hasta hacer que casi saltasen del fresco al aire. Pero el tema, el mensaje, era el mismo: un esfuerzo supremo de aunar el antiguo dualismo de santidad cristiana y belleza clásica pagana.

Para entender el «Juicio» de antes de la restauración, hay que ir a su nacimiento. El «Juicio Final» debe sus comienzos al Papa Clemente VII. Él, en el año 1533, comisionó a Miguel Ángel Buonarroti un juicio final para el muro situado detrás del altar de la Capilla Sixtina. El gran artista, que veinte años antes había terminado la famosísima bóveda de la misma capilla a pesar de una cantidad de dificultades y contratiempos, físicos y morales, no se decidió de inmediato. Entre el dejarse convencer por el nuevo Papa, Pablo III, y un estudio detenido del proyecto una vez que se decidió, Miguel Ángel tardó tres años. Finalmente, en 1536, comenzó a trabajar. Tardaría otros cinco años antes de llevarlo a término. Al subir el telón, el mayor fresco del mundo -doscientos metros cuadrados y más de cuatrocientas figuras- evocó gran admiración y, a causa de los desnudos, dura crítica. Aunque sea difícil de entender hoy, esta

crítica llegó a tal punto que incluso por un tiempo se tomó en consideración la destrucción del fresco. La controversia se decidió en las aulas del concilio tridentino de 1564. Aunque el concilio promulgó un decreto que mandó la destrucción de «cualquier pintura que mostrase algo obsceno o patentemente falso», decidió a favor del «Juicio», pidiendo sólo que se cubriesen las figuras desnudas. El decreto fue el inicio de la pintura de los famosos «paños» que, pintados por varios artistas de los siglos XVI y XVIII, debían cubrir las partes ofensivas de los desnudos.

2. La restauración

La historia de la restauración del fresco comenzó casi al mismo momento de su terminación. A causa de la misma estructura de la capilla algunas grietas se formaron rápidamente en la obra. La acumulación lenta pero implacable de polvo, humedad y humo progresivamente deterioró su aspecto original. Varios intentos poco afortunados de restauración, realizados a lo largo de los siglos XVII y XVIII, sólo empeoraron la situación. El resultado final de más que cuatro siglos de este proceso es el «Juicio» que conocimos antes de la restauración, un juicio tremendo e impresionante, pero manchado, tenebroso, y de un colorido opaco y mate.

El trabajo para restaurar la capilla a su antiguo y casi olvidado esplendor original se inició en 1980, con aprobación del Papa Juan Pablo II y bajo el patronato económico de Nippon TV, de Japón. El trabajo de la bóveda terminó en 1989. En 1990 el trabajo de restauración del «Juicio» comenzó a cargo de un equipo de expertos. Por el cuidado y la profesionalidad con que ejecutaban su trabajo, el equipo de cuatro personas tardó cuatro años en limpiar el fresco, casi el mismo tiempo que Miguel Ángel había empleado en pintarlo; pero el resultado fue estupendo. De un «Juicio Final» gris y amortiguado salió lo que pocos habían esperado: un juicio resplandeciente de luz y vivificado con el más atrevido color.

Éste fue el «Juicio» que vi al llegar a la capilla, y, sin embargo, a primera vista, la obra no me impactó todo lo que debía. Aunque lucía bajo la iluminación de los focos de la RAI

televisión, faltaba algo. El mensaje del poderoso Cristo permanecía dentro del marco de una obra artística, y la obra brillaba bella en sí, pero no me impresionó. Estuvo muda.

3. Misa de inauguración

En este contexto se realizó la misa de inauguración presidida por el Papa Juan Pablo II el 8 de abril. Nos dirigimos hacia el altar en la procesión de entrada mientras el coro de la Sixtina entonaba *Cantate Domino canticum novum*; como si fuéramos objeto de la mirada solícita de la Virgen, nos colocamos al lado izquierdo del presbiterio. Al fin de la procesión entró el Papa, y después de los ritos iniciales, introdujo la celebración eucarística con un insólito preludeo poético. Con palabras llenas de emoción, oíamos la voz del Papa: «...Resuena hoy, como un eco intenso y prolongado, el canto pascual de resurrección y esperanza... La tierra se ha unido al cielo, y el hombre a su Creador. Cristo ha sido constituido, ya para siempre, juez de los vivos y los muertos...»

Creo que fue en este momento cuando el «Juicio» empezó a «animarse». Lo que le había faltado, su espíritu, comenzó a manifestarse en la liturgia que se desplegaba abajo, al ritmo de los pasos de Juan Pablo II. El encuentro entre el Papa -hoy día la fuerza de la cristianidad- y el fresco antiguo, pero renovado de Miguel Ángel -representante de la fuerza soñada de un cristianismo del siglo XVI- fue algo vivo, histórico, intenso. Por una parte, estaba el Papa. Cualquier persona que haya tenido la gracia de estar cerca de él sin duda ha sentido algo de lo que sentimos nosotros. Al verle, al acercársele, uno presiente que está en presencia de una figura de proporciones históricas, un gran hombre, tal vez el gigante del siglo XX. Pero antes que figura histórica, es el Vicario de Cristo, y fiel a las características de su Maestro: grande, pero también humilde; fuerte, y accesible. A pesar de la impresión que da el trabajo profesional de las cámaras de la televisión, Juan Pablo II es de una estatura relativamente pequeña, y su manera de ser respira una mansedumbre y bondad sin par. Después de la misa saludó personalmente a todos los participantes, y la ya famosa sonrisa y la sencillez suyas fueron simultáneamente algo extraordinario y familiar.

Por parte de Miguel Ángel, nada faltó. El fresco rebosaba de luz. Los ángeles a la derecha de Cristo (a la izquierda de la asamblea), que ayudaban a los salvados a ascender al cielo, ahora impresionaban por su pura belleza clásica, mientras los demonios a la izquierda verdaderamente espantaban por su brutalidad. Recuerdo cuánto me impresionó el ángel a la izquierda del antro de los demonios, a la misma altura del Caronte. Levantando dos salvados hacia el cielo, estaba en lucha con un demonio feroz que los jalaba hacia el infierno. Era un ángel bellísimo, y colocado como si fuera traído directamente de los cánones clásicos de la belleza griega para ser puesto al servicio de la consolación y salvación de los cristianos fieles. Aunque era la figura más pequeña de las cuatro involucradas en la lucha, era evidente que iba ganando la batalla. Como si apenas se esforzara, levantaba los tres cuerpos pesados con una facilidad divina. Su cabello dorado y rizado cubría un rostro de inocencia, de niñez. La belleza, la gracia, y la fluidez de su fuerza hizo pensar en el cielo. Casi espontáneamente surgía una oración del corazón: «que esté entre los tuyos, oh Cristo».

Al terminar la introducción, el Papa debía incensar la imagen del Redentor. Mientras el coro cantaba el *Kyrie eleison*, el Papa, con pasos medidos y pausados, incensó el altar, y llegando de frente al fresco, lo incensó tres veces. Y allí permaneció. Era una pausa llena, meditativa, y ciertamente no prevista por las normas litúrgicas. De pie frente al Cristo de Miguel Ángel, el Papa parecía en una profunda meditación. ¿Qué debía significar aquel cuadro para el Papa Wojtyla? En este encuentro entre dos gigantes, entre la mirada detenida del Papa y toda la fuerza centrífuga y poética de Miguel Ángel, el «Juicio» terminó de vivificarse, y parecía que la misma fuerza vital que una vez inspiró el esfuerzo y la sinceridad de Miguel Ángel en el siglo XVI, de nuevo estaba llenando las figuras con luz.

4. El «nuevo» Miguel Ángel

La misma fuerza. Durante la homilía, el Papa explicó lo que esta fuerza tenía que ser. Empezando con una constatación de la belleza antigua e insólita del Cristo, luego dio la clave del sentido más significativo del «Juicio Final» para el hombre moderno. Dijo el Papa: «Nos encontramos frente a la gloria de

la humanidad de Cristo. En efecto, Jesucristo vendrá en su humanidad para juzgar a vivos y muertos, penetrando en las profundidades de las conciencias humanas y revelando el poder de su redención». Y luego siguió: «Cristo es la visibilidad del Dios invisible. Por medio de Él, el Padre compenetra a toda la creación y el Dios invisible se hace presente entre nosotros y se comunica con nosotros...». El sentido nuevo del Juicio Final, explicó el Papa, es que hoy, para nosotros, Cristo vive. No como algo etéreo, vivido sólo en la ilusión, sino algo, como el «Juicio», concretamente real. Se lo siente en la renovación de la Iglesia, simbolizada por la misma restauración del fresco. Se nota en la fuerza e influjo mundial del Papa. Se reconoce en la misma fe que, dada ya por muerta o moribunda, despunta otra vez en los corazones de los jóvenes y las naciones. La fuerza tras de la creación artística de Miguel Ángel fue Cristo. Y hoy es la misma fuerza que está con nosotros, que corre en nuestra humanidad, que inquieta nuestras conciencias, que da fuerza y sentido a toda nuestra creación. El «nuevo» Miguel Ángel es el mismo del antiguo, sólo renovado. Y como él, también nosotros. El fresco restaurado nos invita a ver con ojos renovados. Tal vez el Cristo del «Juicio», emblema de esta renovación, nos atrae tanto porque es tan moderno. Responde a nuestras exigencias. En su belleza griega reúne todo lo bueno y lo bello del mundo; en su poder de juez expresa todo su dominio, y en la luz que le permea revela que Él es el sentido, el centro de todo: para Miguel Ángel y para nosotros, el centro del «Juicio» y el centro del mundo.

Conclusión

Cerca del fin de la homilía, el Papa dice: «Ante el Juicio universal, comprendemos que toda la escena está profundamente penetrada por una única luz y una única lógica artística: la luz y la lógica de la fe que la Iglesia proclama, confesando: “Creo en un solo Dios... creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible”...». ¿No podría ser que la luz que se nota a primera vista en el fresco, y especialmente la luz que se hizo tan viva durante la misa, fue justamente esta luz de la fe? Sólo con la fe se puede entender hoy día el «Juicio Final» de Miguel Ángel. Pero tiene que ser una fe viva, que entienda personalmente, y vea con ojos honestos y modernos, pues moder-

nos somos todos. Ciertamente Miguel Ángel no pintó el fresco para ser un recuerdo de creencias pasadas. Lógicamente, tampoco nosotros podemos verlo así. Para Buonarroti la obra fue confesional y totalmente personal, un esfuerzo artístico supremo de recrear, en una imagen plástica, la vivencia profundamente existencial de su fe en el Cristo de la historia, *Pantokrátor* y Juez, que para él fue, y es para siempre, el Cristo de la Iglesia. Su mismo empeño en la fe fue parte esencial de la obra. Que así sea también para nosotros. Sólo se entenderá el «Juicio» si el observador se deja interpelar por el mismo empeño, la misma fe que la inspiró. Una fe que es viva hoy en la Iglesia. Una fe que el Papa Juan Pablo II vive, predica, blasona. En efecto, la restauración del «Juicio Final» debe significar para el mundo algo más que el redescubrimiento de llamas de color: debe significar un nuevo encuentro con la fe, con la Iglesia. ¿Quién sabe si la plenitud de la obra no podría ser una señal profética de una nueva y verdadera evangelización que nos ha pedido tantas veces el Papa? Quién sabe si no pregonaba lo que una vez profetizó el gran teólogo Romano Guardini en su obra maestra, «El Señor»: «Sólo ahora, cuando su validez ya no es aceptada, podemos comenzar a apreciar qué grande fue la transformación de nuestra concepción del hombre obrada por el cristianismo. Tal vez el momento ya no es lejano cuando el ideal cristiano, como aquél de la antigüedad durante el renacimiento, inundará la conciencia moderna con su inefable plenitud».